



MAESTROS LITERATOS

MARGARITA

David Fernando Torres Lizarazo¹
david.fer0712@hotmail.com

*En estas cámaras cerradas donde paso días pesados,
busco a tientas una ventana, que al abrirse me dará coraje.
Pero no hay ventanas, o por lo menos no sé dónde están.
Quizá es mejor que así sea: la luz no sería
sin duda sino una tortura diferente.
Si acaso lo que nuevos horrores me revelaría*

Ventanas (Kavafis)

Desde la ventana de mi cuarto observo la calle. En su momento fue un pasatiempo, ahora es una obsesión que me ha ganado algunos problemas: a las personas no les gusta que se les observe. Tienen demasiado que ocultar aun sea a plena luz del día. Suponen que al mirarlos puedo desentrañar sus mentes, escrudiñar el profundo de sus pensamientos; ello no me interesa, en la medida en que lo consideran. Mi necesidad siempre ha sido la de encontrarte, hallarte entre tanta gente. O si acaso, quizá alguna tarde de estas en las que me sorprende el sueño y luego el insomnio, reconstruirte.

Muchos se estremecen cuando presienten ser vistos, luego con temor miran hacia aquí y me ven, impasible, contemplando sus ruinas. A algunos los conozco desde hace años; los he visto pasar por este lugar demasiadas veces. Desde aquellos días de euforia, y luego de esperanza que me abatieron, he presenciado sus vidas. La misma ruta al trabajo o al médico, al café de la esquina; o no podría saber a dónde. Al comienzo anoté su rutina, sus gestos, sus reacciones a todo tipo de situaciones, su carácter.

Empecé un cuaderno donde cada uno aparecía con un nombre clave: la muchacha de las botas blancas, el viejo del bastón... el joven de los cigarrillos Piel roja, la rubia amante de muchos... después deseché la posibilidad de algunas anotaciones y con el tiempo tenía toda la información relevante en un mamotreto enorme que ocupaba gran parte de mi habitación. Era muy ardua mi actitud, me desgastó profundamente, sin apenas notarlo. Me mantuvo en una constante tristeza que no puedo abandonar, aún hoy, después de tantos años. Por lo general, en las personas no había cambios rotundos, siempre eran los mismos, repetitivos, constantes. Y si existían los archivaba en mi memoria. Finalmente, regresaba muy de vez en cuando al cuaderno para hacer una simple acotación, no un seguimiento. No puedo negar que al pasar los observo; que, hoy en día, descubro algo distinto y que llego a sentir cierto escozor; que no escribo, porque carece de importancia para mi objetivo. Comúnmente, todos esos cambios regresan a un estado original: algunos que han perdido peso luego lo han vuelto a ganar, y viceversa; aquellos que van solos de pronto van con alguien más, luego siguen solos; algunos caminan despacio y de repente llevan afán... Variedades habituales en todo ser humano que no altera su esencia, su verdadero yo. Sin embargo, estas son sólo las generalidades, el contorno de los hechos, su razón aún me conmue-

¹ Licenciado en Español y Literatura de la Universidad Industrial de Santander. Se desempeña actualmente como profesor de una institución pre-Saber llamada: Grupo Educativo Semilleros; y realizo talleres sobre lectura para las Maletas Viajeras de la División Cultural del Banco de la República. Afirma: "Tengo 25 años. Como todo ser humano vivo en la complejidad de la cotidianidad entre la complejidad cotidiana de otros seres humanos. ¿En dónde encuentro la diferencia? En el mundo imaginario-real de lo que leo y de lo que escribo."

ve y me duele; y aún busco entre los escombros una respuesta a través de esta ventana con la que represento mi encierro.

Todo comenzó por una mujer, como empiezan todas las cosas realmente importantes; buenas o malas, es lo de menos. Por ella conocí múltiples cuerpos, miles de deformaciones, sinfín de pasiones: millares de seres que han caminado frente a mi ventana. Jóvenes sin un brazo o con un pie torcido que les impide caminar de forma correcta. Algunos en silla de ruedas. Rostros desfigurados por algún tumor. Mujeres felices cogidas de la mano con su pareja; días más tarde ellas mismas desconsoladas. Amantes melcochudos, de amores para toda la vida, que poco a poco se separan. Estas imágenes me atormentan como ninguna otra, porque me traen tu recuerdo; imaginarte querida o queriendo, existiendo fuera de mi mundo.

De ti nace mi deseo, mi deseo de construirte, porque comprendí que no serías mía, que podrías querer a otro como yo te quiero a ti; incluso así deseo reconstruirte, aun si amas a otro. Mi deseo no ha sido comprender, comprender a quien pase por mi ventana, solo escindirlo y tomar las partes que he requerido. Comprender me fue absolutamente indiferente. Sé que somos incomprensibles.

Todo empezó por amor, como empiezan todas las grandes hazañas y, también, las grandes tragedias. Ella pasaba en las mañanas, rumbo al colegio, y, en las tardes, de vuelta a su casa. Enormes travesías tenía que realizar para poder observarla a gusto; en las madrugadas frías esperaba a que pasara por el frente de mi ventana, luego tenía que correr a la parada de bus para tomar la ruta que me llevaría al colegio. Muchas veces llegué tarde y me valió notas en el observador y más de un regaño de mi madre, que empezaba a preocuparse por mi actitud. En las tardes, la situación era parecida. Volvía corriendo desesperado del colegio y subía sin

almorzar a esperar en mi ventana a que pasara. En algunas ocasiones pasaba rápidamente y yo podía ir a almorzar tranquilamente. En otras, se demoraba insoportablemente y cuando pasaba sentía que algo regresaba a mi cuerpo. Sin embargo, a veces no cruzaba por mi cuadra y yo permanecía en la ventana toda la tarde y gran parte de la noche en su espera. No almorzaba simulando alguna enfermedad a mi madre.

Fueron tantas veces en las que temía verla pasar tardíamente en compañía de algún hombre. Entonces sufría imaginándome que lo tomaba de la mano y lo besaba, siendo yo el testigo de su amor. Sin embargo, no cruzaba y terminaba venciéndome el cansancio ya de madrugada. Era delgada, de cabello negro, ondulado, largo; su nariz era de una finura suave, grácil; sus cachetes, tenuemente sobresalientes, eran pálidos en las madrugadas frías y sonrosados en el calor de la tarde; un par de hoyuelos se imprimían en ellos a través de una sonrisa alegre, segura y perpetua; sus manos delicadas, de dedos débiles, parecían componer acordes en el aire; su frente, oculta por la fuente de cabello que, cuando no llevaba la balaca, se abatía en todas las direcciones, ovalaba su rostro entusiasta, de niña buena; sus piernas eran torneadas, a pesar de lo delgadas, largas y atrayentes en su fragilidad. Su cuerpo emanaba la frescura de las almas jóvenes y sencillas, ingenuas. Siempre la recuerdo vestida de uniforme a cuadros, con zapatillas negras, de tacón plano y corto, medias blancas con encaje. Dos veces por semana, como se acostumbra por acá, utilizaba uniforme deportivo: un pantalón de tela gris y una camiseta blanca, sencilla. En esas ocasiones usaba una balaca nívea que le acentuaba más el color de su cabello. Ella era blanca, de cuerpo frágil, con figuras acentuadas. Tenía unos senos turgentes, de redondeces provocativas, no eran pequeños, pero tampoco podrían considerarse grandes, que se marcaban en las mañanas frías cuando iba de camiseta; su cola se acentuaba más debido al vestido y a sus caderas salientes y mostraba toda su armonía cuando llevaba la

sudadera gris, de deporte. Nunca la vi vestida de otra forma, tampoco crucé palabra con ella. Solo la observé todo el tiempo que me fue posible. Siempre la esperé en mi ventana. Nunca supe si ella se percató de mi presencia. Jamás miró a mi ventana y no pude descubrir el color de sus ojos, solo hasta tiempo después llegué a deducirlo.

Cuando pasaba rápidamente, y podía bajar a almorzar, regresaba con ansiedad a mi cuarto y esperaba sentado en mi ventana, asomándome, a que regresara por allí. Esperaba sin pensar en nada más, con mi corazón palpitante, con nerviosismo y con necesidad. Nunca volvía y me quedaba, hasta las diez de la noche cuando me vencía el sueño. Después, cuando mis deseos fueron mayores, permanecía hasta mucho más tarde, con la luz apagada, ardor en mis ojos, observando cómo transcurría la noche a la luz de las farolas y de la luna. Así me percaté de las activas que eran las horas nocturnas en mi ciudad, sin importarme. Así transcurrió el tiempo y me convertí en un hombre taciturno y sombrío. Muchas veces tuve el deseo de bajar corriendo, pararla, y decirle que era el amor de mi vida, que la observaba con pasión desde mi ventana, que había quedado impregnado de ansias y, con ardor, deseaba salir con ella; sin embargo, me percataba de que me tomaría por un desquiciado y que su respuesta no podría ser otra que temerme. Así que seguí en mi ventana anhelando lo que jamás haría.

Acaeció el día en que no pasó (no pasaba los fines de semana, tampoco en vacaciones, cuando no iba al colegio; aun así, siempre esperaba a que distraída cruzara por mi ventana). Era un miércoles de estudio. Vi pasar a otras muchachas del mismo colegio. Esperé todo el día (no fui a clases), pero fue en vano. El siguiente día sucedió lo mismo y, nuevamente, simulé estar enfermo para no salir de mi cuarto. Sin embargo, sí me sentía mal: no comía y no dormía bien. La ansiedad se había apoderado de mí, de mi tiempo y de mi espacio. El tercer día mi madre decidió llevarme al médico porque mi estado

era lamentable. Quise resistirme a abandonar mi habitación porque presentía que, cruzaría, más bella que nunca, mirando hacia mi ventana con una sonrisa eterna sin que pudiera recibirla. El médico me recetó unas pastillas para el sueño y otras para la tensión. No las tomé, aunque sí tuve que regresar al colegio. La educación se había vuelto un suplicio. No me concentraba, aunque lo intentara; tampoco oía la voz de mi profesor; mi mente permanecía junto a mi ventana esperando, así mi cuerpo estuviera en un frío pupitre.

Regresaba agitado, nervioso, a mi casa y subía inmediatamente a observar la calle. Luego de una o dos horas, llenas de temores y ansiedad, bajaba y probaba rápidamente el almuerzo. Volvía, con rencor, a mi habitación. Suponía, cuando no la veía, que había pasado justamente cuando no estaba observándola. En ese tiempo, mi madre murió y recibí de ella la herencia de esta casa. ¿Castigo divino o regalo? Algún dinero que me ha permitido sobrevivir a mi obsesión sin requerir de un trabajo. Más tarde abandoné el colegio y, desde entonces, pocas veces salgo de mi casa.

Nunca volvió. Jamás la vi nuevamente, ni por mi ventana, ni en la calle. La esperé ansiosamente muchos años. Observaba con detalle cada transeúnte anhelando descubrirla, pero no regresó. Quise correr al colegio y preguntar por ella, sin embargo era ingenuo preguntar por alguien que hasta entonces desconocía completamente. Asimismo, mi vida estaba anclada a la luz que ingresaba por la ventana, al deseo que me provocaba verla por ese orificio insignificante. La ventana se había convertido en mi encierro, en mi esperanza, en la representación del amor que sentía por ella.

Poco a poco, con dolor, desengaño y deseo, fui volcando mi atención en las demás personas que transitaban la calle. Fui anotando lo que me llamaba la atención, fui llevando registro de sus vidas. A pesar de que en ocasiones debido al cansancio creía ir olvidándola, al

cruzar alguien con algún rasgo suyo mi corazón palpitaba ansioso, lleno de nostalgia, y al descubrir que no era ella lloraba desesperado, desgraciado su ausencia.

Quizá por automatismo o por querer descubrirla en todos los demás cuerpos, o por querer revelarme los inevitables cambios que el tiempo procuraría en ella, fui anotando los cambios que observaba en las otras personas, las rutinas que llevaban y quise, a su vez, encontrar rasgos de su carácter en los caracteres de los demás. Quise descubrir cómo era, cómo se comportaba, en la conducta de los demás. Quise definir sus gustos en todos los gustos, hallar sus temores en todos los temores. Añoré reconstruirla, no en mi memoria, allí permanecía exacta, sino reconstruirla, hacerla tangible, visible físicamente. Quise poder murmurarle lo que sentía y que ella pudiera responderme a su voluntad. Sin darme apenas cuenta crié en mí tal obsesión, tal necesidad. Por ello llevaba notas de todo lo que observaba, hasta de las mutilaciones. Las apreciaba y las escribía con impotencia, con amargura, rogando a Dios que ella no hubiera sufrido alguna. Sin embargo, si quería reconstruirla, tendría que albergar cada y todas las posibilidades, aunque en ellas sufriera lo inadvertido.

De esta forma, he descubierto miles de cuerpos, los he seccionado en miles de partes y he extraído, de entre todas ellas, las que me son útiles. También he conocido miles de caracteres, uno a uno, de amores, rencores, odios, temores, sueños, ilusiones, metas, pasiones, deseos, con todas sus consecuencias. Asimismo, extraje gustos y repugnancias, actitudes y aptitudes. La he diseñado tal y como la recuerdo. He descubierto el color de sus ojos siguiendo los patrones de todas las mujeres con el mismo color de cabello y de piel; he descubierto que eran negros, profundos, con un brillo de inocencia, de ternura. Apliqué cada dato, cada supuesto, cada hipótesis, y las volví una verdad única e incuestionable. Me fui alejando progresivamente de la ventana, mientras revisaba toda la información y atendía a ella, de vez en

vez, con la misma ansiedad de deseo que antes. Llevaba años en ese oficio hasta convertirme en el ser huraño que soy ahora.

Después, ya no anotaba sólo prestaba fina atención para descubrir lo que aún me hacía falta. Aguzaba mis oídos, procuraba atender a los diferentes llamamientos, a todos los nombres que sonaban por aquí y por allá. Supe los nombres de las clases bajas, medias y altas, supe qué nombres portaban de acuerdo a la edad. Sin embargo, me percaté que en realidad podrían ser todos los nombres. Que cada uno encajaba a la perfección, que muy pocos por extravagantes o grandilocuentes no congeniarían con su figura o con su carácter. Pocos pude descartar, desechar. Quedaron un sinfín de posibilidades que se ajustaban a ella. Me desesperé, me derrumbé con mis recuerdos, con el cuaderno donde extraje todas las partes. Me desmoroné con la bella mujer que armé con las especificaciones, con las imágenes mentales que conservaba. Reconstruí su precioso cuerpo, su carácter, su conciencia, sus miedos y sus pasiones, sus deseos, sus gustos, sus rechazos, sin embargo no he podido escoger entre todos los nombres el suyo. ¿Cuál es su nombre? Se me escapa, se desvanece el ser que había creado, porque no puedo apelar a ella, no puedo llamarla para que voltee a mirarme. Quisiera que girara hacia mi ventana, decirle que me espere mientras bajo. Abrazarla y susurrarle: te amo. Oh, Dios, entre todos los nombres no existe alguno que sepa para llamarla; entre todos los nombres carece de nombre. Y entre tantos papeles, tantos datos y posibilidades, la cabeza se me ofusca, aturdido no puedo mentarla para traerla conmigo. Miro por la ventana cómo el día me tortura, cómo es un suplicio verla reconstruida, en frente, con su falda a cuadros, con su sonrisa eterna, con sus zapatillas negras y su pelo negro, caminando rumbo a todas y a ninguna parte; y mi voz, ella sin nombre y la ventana abierta...si al menos no existiera...

Sigo aquí, mirando por ella, con el horror de saberte perdida e inalcanzable para siempre.